

// Dossier // Verónica Juliano, Martina Palavecino Bó y Elina Espeche (coords.)

Mujeres: labores, oficios y tareas

Mujeres, memorias, ternura y saberes. Entrevista a la poeta María Elena Barrionuevo

Milagros Judith Herrera¹

Recepción: 6 de marzo de 2026 // Aprobación: 30 de mayo de 2026

María Elena Barrionuevo nació en Esquiú, departamento La Paz, Catamarca. Durante sus primeros años de docencia se desempeñó como maestra en el ámbito rural, donde además de los conocimientos enciclopédicos, enseñó a sembrar el maíz y a valorar la cultura ancestral. Luego, radicada en la capital de la provincia participó de proyectos culturales gestionados por la Universidad Nacional de Catamarca. También coordinó, durante ocho años, el Congreso Internacional de Folklore en Cosquín. Organizó diez Encuentros de Vidala de la Luna en La Herradura, Fiambalá. Algunos de sus libros son *La otra historia de América*, *La voz de la piedra*, *Las nodrizas de la luz*, *Historias con vidas*, *Mujeres de roca y pétalo*. Funde su oficio de escritora con la tarea de investigadora revisionista y animadora cultural. Se define como una poeta transgresora que reivindica la verdadera historia de los pueblos conquistados, el canto ancestral andino —*eco de la piedra*—, y la experiencia de las coyas, sabias mujeres del cerro.

Esta entrevista se realizó el 25 de febrero de 2026 en San Fernando del Valle de Catamarca. María Elena manifiesta su interés por recuperar la memoria andina frente a la colonialidad. Luego, comparte las experiencias que recogió en sus investigaciones sobre el rol de la mujer como guardiana de la memoria, de la ternura, de la vida y de los saberes ancestrales en el ámbito doméstico y rural.

¹ Profesora en Letras por la Universidad Nacional de Catamarca (UNCA). Especialista en Ciencias Sociales con mención en Lectura, Escritura y Educación (FLACSO). Profesora Adjunta a cargo de Introducción a la Literatura, Teoría y Crítica Literaria II y Literatura Hispanoamericana II en el Profesorado y la Licenciatura en Letras de la UNCA. E-mail: mjherrera@huma.unca.edu.ar. ORCID: 0009-0002-6945-4193

La escritura como un trabajo de “poner en la mesa la realidad”

Milagros: María Elena, usted es una poeta desobediente que confronta la colonialidad y pone en valor la historia y la cultura andinas. Por ejemplo, en *Las nodrizas de la luz* hay una exaltación de la fortaleza y la lucha indígenas y una crítica a la herida colonial que muestra los cuerpos mutilados y los pueblos devastados por la conquista española.

María Elena: Sí. Esto es revisionismo histórico. Nos contaron de otra manera la historia, de una forma idílica, porque la historia que nosotros leemos comienza a partir de la llegada de Colón. Esa no es la verdadera historia. La historia verdadera es la del pueblo andino, la del Collasuyo, que empezaba desde el sur de Perú hasta el límite de La Rioja con San Juan, por eso nos dicen collas despectivamente, pero los collas son los auténticos dueños de la tierra.

M: ¿Cree que la conquista y la colonialidad siguen vigentes en la actualidad? ¿Cuáles son las nuevas formas en que aparecen?

M. E: Sí, imagínate. La reina Isabel mandó en las carabelas con Colón a todos los delincuentes que no quería matar. Esos son los que en realidad vinieron. Eran delincuentes. Aquí no hubo ni descubrimiento ni conquista ni colonización. Eso fue invasión, saqueo y genocidio. Pero seguimos en el sistema educativo enseñando que la civilización vino de España, que la Reina Isabel... noooo. El poder cognitivo, cultural, social, todos los saberes los tenían en el Collasuyo; por eso yo hice diez encuentros con las mujeres en La Herradura, para recuperar esos saberes. Pero el sistema ha trastocado, ha idealizado y ha puesto en un altar el descubrimiento, la conquista y la colonización. No. Eso fue invasión, saqueo y genocidio.

Por ejemplo, en las escuelas no se enseña el quechua, un idioma nuestro, original. Entonces ¿qué te hacen leer? Vos tenés que formar parte del estatus social, si no sos expulsada.

M: ¿Qué lugar tiene su palabra poética frente a la colonialidad?

M. E: Yo creo que no hay que dejar de lado todo lo que pasó, la verdadera historia, porque si no, sos cómplice de ese ocultamiento. Creo que la resistencia pasa por la palabra con convicción, como testimonio, porque de nada servirían unos versitos al aire que no tienen fundamento, sin sustento. Serían unas palabritas lindas nada más, que no ahondan en nada. Por eso, yo rompo los esquemas porque ante la invasión, vos tenés que hacer la resistencia. Y hay que revisar la historia. El conocimiento te da convicción. Y la convicción tiene que ser distribuida para que vaya a toda la gente, más ustedes que tienen tremenda responsabilidad de trabajar con jóvenes en esta época, cuando están bombardeados por todos lados por el sistema capitalista. Hay que estar de moda. Hay que comprar esto, aquello... Por eso digo, esas experiencias que yo tuve

en el cerro fueron tan importantes. Yo aprendí tantas cosas de la gente. El poeta tiene que estar metido entre la gente, no podés escribir desde lo que está de moda. Eso es transgresor. La poesía no está pensada para que sea así, pero resulta ser eso. Hay que poner en la mesa la realidad.

M: Ese estar entre la gente, como dice usted, es una señal de compromiso.

M. E: Sí, yo para escribir lo que he escrito me he ido a los lugares. Y la forma en que la gente te recibe y te quiere poner lo mejor, van y traen una silla de plástico. Noooo, les decía, si yo me he criado en el campo, en medio de la tierra. Y me sentaba en los pedazos de madera que tenían y ya me sentían de ellos. Y yo me sentía parte, también. Entonces se abrían y me contaban las cosas. Por eso he logrado eso de las mujeres. Y por eso, hablo de las mujeres, desde la Eva bíblica...

La transmisión de la memoria y la ternura

M: Usted es una transgresora. Su resistencia es poética y política. Tomar a las mujeres ya es una desobediencia porque se corre del relato del varón.

M. E: Sí, en *Las nodrizas de la luz* aparecen la Eva bíblica, la Malinche, la Micaela Phuyucawa, Lola Mora, Evita... Y *Mujeres de roca y pétalo* es un compendio donde están cada una de las mujeres del cerro con las que he trabajado durante diez Encuentros de Vidala de la Luna en La Herradura, en Fiambalá.

Siento que hablar por ellas es una necesidad, porque la historia que nos han contado es mentira, como te decía, desde el llamado descubrimiento, conquista y colonización. No. Invasión, saqueo y genocidio. Esa es la realidad. Imaginate a Micaela Phuyucawa y a Túpac Amaru que estaban haciendo una rebelión, los golpearon, los mataron, los descuartizaron. Le hicieron toda esa crueldad delante de sus hijos. ¿Cómo les llamas a los españoles? ¿Descubridores y conquistadores? No. Asesinos, invasores, ladrones. Lo que han hecho los invasores es destruir, entonces la gente, los collas, se han ido arrinconando en el cerro, escondiéndose porque violaban las mujeres... tantas cosas.

M: En sus poemarios las mujeres están vinculadas a la transmisión de la memoria cultural. En *La nodriza de la luz* leemos: "me ha dejado por herencia/ esta memoria antigua/ y su antorcha/ quiero entregarla ardiendo/ en mi próxima posta". ¿Cuáles son los ámbitos en los que se desempeña la mujer que generan este vínculo con la memoria y su transmisión?

M. E: Mirá... el ámbito doméstico creo que es el principal refugio que tiene la memoria. Después, cuando vas a trabajar en algo, tenés que caminar con tranco largo, como digo yo. El sistema te estereotipa. Te capta. Entonces, tenés que ponerte la ropa así, el calzado así, peinarte así, la moda...

M: Usted dice que el ámbito doméstico es el primer refugio de la memoria. Qué lindo que lo dice así, de esa forma.

M. E: Y sí porque ahí sigue viva la memoria. La gente del cerro tiene la memoria casi intacta. Por eso desmitifico esa idea de las coyas. Nosotros sabemos menos que ellas. Por eso le vamos a preguntar. Por eso me han contado todo esto. Y la transmisión de la memoria, generalmente, está a cargo de la madre. Mirá vos que las canciones que la madre le canta al niño desde que lo amamanta, hasta el ritmo con que lo hamaca tiene una cosa de ternura, una cosa de transmisión de la ternura, del respeto, del amor. Eso también es memoria. Las mujeres del cerro siguen sosteniendo que, con los primeros sorbos de la leche les entra el “espíri”, dicen ellos, el espíritu a los niños.

M: La función nutricia es parte de la memoria, también.

M. E: Claro, tiene que ver con la memoria.

M: Unos versos de *Las nodrizas de la luz* dicen: “El aroma celeste del primer sorbo de leche/ que mojó la boca del mundo”.

M. E: Sí, ese es el “espíri”.

Mujer-tierra: el resguardo de saberes ancestrales

M: En su escritura usted explota los sentidos: las imágenes, los sabores, los sonidos que se vinculan con nuestro territorio y con la mujer. En su poemario *Las nodrizas de la luz* es muy poderosa la representación de la nodriza como “mujer-tierra”, Juana Coraje y Micaela Bastidas se presentan como montañas: “Ella enarbola su digna condición de montaña” o “La montaña es una alta nodriza ensimismada”. En *Mujeres de roca y pétalo* leemos: “El paisaje la devora. / Ella se devora el paisaje”. ¿Cuáles son los sentidos que vinculan a estas mujeres con la *Pachamama* y con la naturaleza en general?

M. E: Y, bueno, las mujeres son, en principio, las que conciben el hijo, lo crían en su vientre. Entonces, son la tierra ¿Dónde se pone la semilla? En la tierra. Entonces, ellas son las que crían los hijos, los amantan. Naturalmente, yo creo que la mujer por el solo hecho de ser la que concibe el hijo ya tiene la condición de creadora. Crece el hijo en su vientre, después lo sigue cuidando, lo amamanta con su leche, lo protege. Eso lo digo en el libro *Las nodrizas...* y ya tiene la tercera edición y tiene años, porque la primera es de 1999. Este libro tuvo una resonancia impresionante. Cuando los chicos de El Guadal me lo pidieron se volvieron locos con el libro. Hicieron dos ediciones y es porque se habla así de las mujeres.

Y en el último libro, en *Mujeres de roca y pétalo*, están descritas cada una de las mujeres del cerro. ¿Por qué les digo de roca y pétalo? Estas son las mujeres últimas de los nativos del norte, de los collas, como te digo. Dicen despectivamente collas, pero

son de la nación del Collasuyo. Son los dueños, legítimos, primitivos de la tierra. Los impostores son los que vinieron, pero claro, los collas son collas y ni siquiera saben por qué le dicen collas. ¡Y las cosas que ellos saben! La sabiduría del contacto pleno con la naturaleza es lo que más impresiona. Por ejemplo, ellos saben si va a llover o no va a llover. Cuando se desorientan porque están tan arriba y están dentro de una nube — porque es tan alto allá que se desorientan —, hacen una ceremonia, se acuestan boca abajo, poniéndose las dos manos aquí en la cabeza y rezan un Padre Nuestro. Ahí hay un sincretismo de lo católico con lo nativo. Después abren los ojos y ya saben dónde queda la casa.

M: ¡Cuántos saberes atesoran en su memoria!

M. E: Es impresionante. En Huachaschi, en Andalgala, conocí el oficio de la partera. Cuando era dificultoso el parto porque los niños venían de nalgas, la partera le hacía una boleseada a la mujer, la manteaban, así se dice eso. La ponían en una cobija, como dicen ellos a las frazadas, y ahí la hamacaban, la sacudían hasta que el niño se acomodaba. Lo hacen las mujeres que tienen el oficio de hacer eso. Ellas se ingeniaban para todo. Esas son las historias no contadas.

M: Justamente en sus poemarios resalta la imagen de esas mujeres de la puna, curtidas por el viento, que también se desempeñan en el ámbito de la economía popular. ¿Podría profundizar esta representación de la mujer?

M. E: Claro, son las leñadoras, las que llevan en el aguayo al niño, ¿no? Las que se ponen el pachiquil, así se llama pachiquil, la tela que se ponen acá en la cabeza, para que calce lo que van a transportar, las tinajas, los canastos... Ellas tienen todos los oficios. Van arriando la majada con el niño a la espalda. Amamantan al niño, lo protegen, cuidan la majada, juntan leña para llevar a la casa. Eso lo he visto yo, no me lo han contado ni me lo imaginé. Lo he visto yo. Y así hablan con desprecio de las coyas, ojalá fuésemos así.

M: Y esa característica de estas mujeres es un rasgo de fortaleza.

M. E: ¿Qué te parece? Porque a los maridos los llevaban a trabajar a las mineras, volvían, dejaban un hijo y se iban. Así que ellas mantenían la economía de la casa, cuidaban de la familia, hacían hasta sus propios techos para guardar. Por ejemplo, sembraban el maíz, cosechaban las mazorcas cuando estaban maduras. Y en un espacio de la casa, como un granero, acumulaban el maíz cuando estaba maduro, con la chala, y encima lo tapaban con más chala y con yuyos. Ahí conservaban el maíz intacto para después molerlo y hacer toda la comida que ellas hacían con maíz. El maíz era lo esencial.

M: La economía gira alrededor del rol de femenino. Y no solo la economía sino también el maternar.

M. E: Claro, ¿sabés? llevar un hijo en la espalda, cuidar la majada, juntar leña. Tenían los mil oficios. ¡Y las que hilaban, encima! Es increíble. Van caminando e hilando con el uso. Por eso, ojalá fuésemos un poco como las coyas.

M: Usted es muy desobediente por el hecho de hablar de estas mujeres.

M. E: Sí, es un atrevimiento, irreverente para la literatura, para una institución tan estructurada y conservadora.

M: Usted lleva a la literatura esas historias no contadas como decía antes, funde la palabra poética con el canto ancestral.

M. E: Sí, porque conocí tanta gente en los encuentros que hacía en Palo blanco, en La Herradura, que me enseñó cómo calman la nostalgia con la caja y el canto. En realidad, lo que se canta aquí en esta zona no es vidala, por eso le puse la voz de la piedra porque es el eco que les devuelve la piedra cuando cantan. Ahí conocí una vidalera que iba a pastorear las cabras. Decía que, *para no sentirse tan solas, nosotras cuando andábamos en el cerro gritábamos y el cerro nos contesta así*, hacía señas en ronda, *uno de más alto, otro de más bajo, uno de más lejos, otro de más cerca*. Y eso está en *La voz de la piedra*, la primera obra que escribí sobre este canto que ellos llaman vidala y es un canto tribal de esta región, creación de las mujeres. Ahora se incorporó el hombre que toca la caja, antes tocaba la caja una mujer. Todos bailan en ronda, toman unos traguitos y cada mujer va diciendo distintas coplas y el hombre toca la caja. Todo esto lo viví en diez encuentros de vidala que hice y aprendí tantas cosas. Es increíble todo lo que saben. A ellas las azotaban por cantar porque al invasor no le gustaba, las castigaban.

M: ¿Y cómo fue su encuentro con la vidala?

M. E: La primera vez estábamos con Mecha Díaz, con ella trabajé en proyectos por la recuperación de saberes andinos en Fiambalá. Ella trabajaba en la universidad. Recuperamos sobre todo los saberes de las mujeres que son las creadoras de la cultura ancestral, los tejidos, el trabajo en telar, el cultivo de algodón, los tintes naturales, cómo se tiñe con la greda, por ejemplo, que es roja. Con la cáscara del algarrobo sacan otro color, de la cáscara del mistol otro, del chañar otro color. Ellas saben todo eso. Así, las escuché en uno de esos encuentros cuando empezaron a cantar después de unos traguitos. Y así transmitían esa memoria ancestral andina.

M: La memoria y la fortaleza son rasgos de la mujer andina.

M. E: Sí. Las mujeres son las que siguen sosteniendo la cultura porque son, de alguna manera, las madres de esa cultura. Y la siguen transmitiendo: cómo conservar los alimentos, cómo cuidarse del frío, cómo trasladar, cómo proteger, cómo trabajar la tierra, cómo calmar la nostalgia. ¡Y el dar vida! Te imaginas si parían solas y se las ingeniaban para cortar el ombligo del niño con una piedra afilada porque no tenían cuchillo.

M: Usted como poeta, investigadora, animadora cultural se involucra con la historia y asume el rol de mujer portadora de memoria para transmitirla.

M. E: Sí, todo lo investigué, como te decía, nada es inventado. Mi inquietud desde niña fue escuchar a los ancianos, a la gente mayor. ¡Y así aprendí tantas cosas! Eso es lo que está en los libros y esa es una transgresión.